

LOS PIOJOS

EN cuanto Félix, el hermano mayor, y Zanahoria llegan de la Institución de San Marcos, la señora de Lepic les hace darse un baño de pies. Tres meses ha que lo necesitan, porque en el colegio no se los lavan nunca. Bien es verdad que no hay artículo del reglamento que prevea el caso.

—¡Pobre Zanahoria! ¡Qué negros deben de estar los tuyos!—dice la señora de Lepic.

Y no se equivoca. Los de Zanahoria están siempre más negros que los de Félix, el hermano mayor. ¿Por qué? Viven el uno

ZANAHORIA

al lado del otro, con el mismo régimen, en el mismo aire. Ciertamente que, al cabo de tres meses, el hermano mayor, Félix, no puede presumir de blancura de pies; pero Zanahoria, según confesión propia, ya no se ve los suyos.

Avergonzado, los sumerge en el agua con la habilidad de un escamoteador. Apenas se los ve salir de los calcetines y juntarse con los pies de Félix, el hermano mayor, que ocupan ya todo el fondo del barreño, y pronto una capa de mugre se tiende como un velo sobre aquellos cuatro horrores.

El señor Lepic se pasea, según costumbre, de una a otra ventana. Está repasando los boletines trimestrales de sus hijos, sobre todo las notas escritas de puño y letra del señor provisor. La de Félix dice: «Atolondrado, pero inteligente. Llegará.»

Y la de Zanahoria:

«Se distingue en cuanto quiere; pero no siempre quiere.»

La idea de que Zanahoria pueda distinguirse alguna vez divierte a la familia. En este momento, los brazos cruzados por debajo de las rodillas, deja que sus pies se empapen y se esponjen de comodidad. Nota que le examinan. Le encuentran acaso más feo con aquel pelo demasiado largo y de un color rojo oscuro. El señor Lepic, enemigo de efusiones, no muestra la alegría de volverle a ver más que haciéndole rabiarse. A la ida le suelta un papirotazo en una oreja; a la vuelta le da con el codo, y Zanahoria se ríe de buena gana.

Por último, el señor Lepic le pasa la mano por la pelambreira, y hace crepitar las uñas como si estuviese matando piojos. Es su broma favorita.

Pero ahora, a la primera, mata uno.

—¡Ajá; buen tino!—dice.—Éste no se me escapó.

Y mientras con alguna repugnancia se limpia en los cabellos de Zanahoria, la señora de Lepic levanta los brazos al cielo.

—¡Ya me lo temía yo!—exclama abrumada.—¡Dios mío! ¡Aviados estamos! Ernestina, hija, corre a buscar una jofaina: ya te ha caído quehacer.

Ernestina, la hermana, trae una jofaina, una lendrera, vinagre en un platillo, y se verifica la apertura de la caza.

—¡Péiname a mí primero!—grita Félix, el hermano mayor.—Estoy seguro de que me los ha pegado.

Se rasca furiosamente la cabeza con los dedos, y pide un cubo de agua para que todos se ahoguen.

—Cálmate, Félix—dice Ernestina, la

hermana, que se sacrifica con gusto;—no te haré daño.

Le ata al cuello una toalla, y da muestras de una habilidad y de una paciencia maternas. Separa con una mano el pelo, tiene delicadamente cogido con la otra el peine, y busca, sin un gesto de desdén, sin miedo de coger habitantes.

Cuando dice: «¡Otro!», Félix, el hermano mayor, patalea en el barreño y amenaza con un dedo a Zanahoria, que espera turno, silencioso.

—Ya estás tú, Félix—dice Ernestina, la hermana;—no tenías más que siete u ocho: cuéntalos. Ya contaremos los de Zanahoria.

A la primera vez que le pasan el peine, Zanahoria le saca ventaja. Ernestina, la hermana, cree que ha dado con el nido; pero no ha hecho sino coger al azar en un hormiguero.

Rodean a Zanahoria. Ernestina, la hermana, se aplica. El señor Lepic, con las manos a la espalda, va siguiendo el trabajo con la curiosidad de un extraño. La señora de Lepic lanza quejumbrosas exclamaciones.

—¡Oh!, ¡oh!—dice.—Habría que traer una pala y un rastrillo.

Félix, el hermano mayor, en cuclillas, remueve la jofaina y recoge los piojos. Caen envueltos en caspa. Se les ve agitar las patas, menudas como pestañas cortadas. Obedecen a los vaivenes de la jofaina, y, rápidamente, el vinagre los va matando.

LA SEÑORA DE LEPIC

La verdad, Zanahoria, no te entendemos. A tus años, grande como eres, deberías avergonzarte. Vaya por lo de los pies,

que acaso no te ves más que aquí. Pero los piojos te comen, y ni reclamas la vigilancia de tus maestros ni el cuidado de tu familia. Haz el favor de explicarnos qué gusto sacas al dejar que te coman así, vivo y todo... Tienes sangre en la pelambreira.

ZANAHORIA

Es el peine, que me araña.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Ah! ¿Conque es el peine? ¡Así se lo agradece a tu hermana! ¿Le oyes, Ernestina? El señorito, delicado, se queja de su peñadora. Te aconsejo, hija mía, que abandones en seguida ese mártir voluntario a su gusanera.

ERNESTINA

Por hoy he acabado, mamá. No he he-

cho más que quitar lo más gordo; mañana daré un repaso. Pero ya sé yo quién va a rociarse con agua de Colonia.

LA SEÑORA DE LEPIC

Y tú, Zanahoria, llévate la jofaina y expónla en la tapia del jardín. Que todo el pueblo desfile por delante para confusión tuya.

Zanahoria toma la jofaina y sale; y una vez puesta al sol, se queda de centinela a su lado.

La primera que se llega a él es la vieja Mari-Nanita. Cada vez que se encuentra con Zanahoria, se para, le observa con sus ojillos miopes y maliciosos, y no viendo la cofia negra, parece adivinar cosas.

—¿Qué es eso?—pregunta.

Zanahoria nada contesta. Ella se inclina sobre la jofaina.

—¿Son lentejas? Palabra; ya no veo claro. Perico, mi mozo, debía comprarme unas gafas.

Toca con el dedo, como para probar. Decididamente, no cae.

—¿Y qué te haces tú ahí, de hocico y con los ojos turbios? Apostaría a que te han regañado y puesto a hacer penitencia. Escucha: no soy tu abuelita; pero pienso lo que pienso, y te compadezco, pobrecillo, porque me figuro que te amargan la existencia.

Zanahoria se asegura con una ojeada de que su madre no le puede oír, y dice a la vieja Mari-Nanita:

—¿Y qué? ¿Le importa a usted algo? ¡Métase en las cosas de su familia, y déjeme en paz!

LO MISMO QUE BRUTO

EL SEÑOR LEPIC

ZANAHORIA, el año pasado no trabajaste como esperaba. Tus boletines dicen que podrías hacer más. Divagas, lees libros prohibidos. Como posees excelente memoria, sacas notas bastante buenas y descuidas los ejercicios escritos. Zanahoria, hay que pensar en ponerse serio.

ZANAHORIA

Fía en mí, papá. Te concedo que me abandoné un poco el año pasado. Ahora me siento con buena voluntad para apre-

J. RENARD

tar de firme. No te prometo ser el primero de mi clase en todo...

EL SEÑOR LEPIC

Pero debes intentarlo.

ZANAHORIA

No, papá; es demasiado lo que me pides. No lo conseguiré ni en geografía, ni en alemán, ni en física y química: los más fuertes son dos ó tres individuos, nulidades en lo demás, que sólo sirven para eso. Imposible pasarlos. Pero me propongo —escucha, papá,—me propongo, en composición francesa, agarrar pronto la cuerda y no soltarla; y si, a pesar de mis esfuerzos, se me escapase, por lo menos no tendré nada que echarme en cara, y podré exclamar altanero, lo mismo que Bruto: «¡Virtud, no eres más que un nombre!»

ZANAHORIA

EL SEÑOR LEPIC

¡Ay, hijo mío! Creo que harás de ellos lo que quieras.

FÉLIX

¿Qué dice, papá?

ERNESTINA

Yo no lo he oído.

LA SEÑORA DE LEPIC

Yo tampoco. A ver, Zanahoria, repítelo.

ZANAHORIA

Si no es nada, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Cómo? No decías nada, y perorabas tan fuerte, arrebatado y amenazando al cielo

con el puño, que tu voz llegaba hasta el otro extremo del pueblo. Repite esa frase para que todos la aprovechen.

ZANAHORIA

No vale la pena, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Sí, sí; de alguien hablabas. ¿De quién hablabas?

ZANAHORIA

Mamá, si no le conoces.

LA SEÑORA DE LEPIC

Razón de más. No desperdicies el ingenio, lo primero de todo, y obedece.

ZANAHORIA

Pues, bueno, mamá. Estaba hablando

con papá, que me daba consejos amistosos, y casualmente no sé qué idea se me ha ocurrido para darle las gracias y mi palabra, como al romano aquel que se llamaba Bruto, de invocar a la virtud...

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Ta, ta, ta! Divagas. Haz el favor de repetir, sin cambiar palabra y en el mismo tono, la frase que dijiste hace un momento. Me parece que no te pido el Perú, y que bien lo puedes hacer por tu madre.

FÉLIX

¿Quieres que lo repita yo, mamá?

LA SEÑORA DE LEPIC

No; primero él, y después tú, y compararemos. ¡Anda, Zanahoria, despacha!

ZANAHORIA

(*Balucea con voz llorona.*)

Vi-ir-tu-tud, no e-res más que un-un
nom-bre.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Me desespero! ¡No se puede sacar nada
de este chico! ¡Se dejaría matar a golpes
antes que ser agradable a su madre!

FÉLIX

Mira, mamá; mira lo que ha dicho: (*Pone
los ojos en blanco y lanza miradas de desafío.*)
«Si no soy el primero en composición fran-
cesa... (*Ahueca los carrillos y da una patada en
el suelo.*) exclamaré como Bruto: (*Levanta
los brazos al techo.*) ¡Virtud! (*Los deja caer so-
bre los muslos.*) ¡No eres más que un nom-
bre!» Eso es lo que ha dicho.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Bravo!, ¡magnífico! ¡Enhorabuena, Za-
nahoria! Y tanto más deploro tu tozudez,
cuanto que una imitación no vale nunca
lo que el original.

FÉLIX

Pero, Zanahoria, ¿fué Bruto el que dijo
eso? ¿No sería Catón?

ZANAHORIA

Estoy seguro de que fué Bruto. «Y arro-
jándose después sobre una espada que le
tendió un amigo, murió.»

ERNESTINA

Tiene razón Zanahoria. Hasta recuerdo
que Bruto se fingía loco y metía oro en
una caña.

ZANAHORIA

Dispensa, hermana, que te embrollas.
Confundes a mi Bruto con otro.

ERNESTINA

Cref... Pero te garantizo que la señorita
Soffa nos dicta un curso de Historia tan
bueno como el de tu profesor del Liceo.

LA SEÑORA DE LEPIC

Poco importa. No os enfadéis. Lo esencial es tener un Bruto en la familia, y nosotros ya lo tenemos. ¡Que nos envidien, gracias a Zanahoria! No nos damos cuenta de tanto honor. Admirad al nuevo Bruto. Habla el latín como un obispo, y se niega a decir dos veces misa para los sordos. Dadle la vuelta: de frente, me está enseñando las manchas de un delan-

tal que estrena hoy; y de espaldas, el pantalón roto. Señor, ¿dónde habrá ido a meterse? Ea; mirad la tecla de Zanahoria-Bruto. ¡Quite usted de ahí, bruto en pequeño!

CARTAS ESCOGIDAS

DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Y ALGUNAS CONTESTACIONES

DEL SEÑOR LEPIC A ZANAHORIA

ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Institución de San Marcos.

QUERIDO papá: Mis partidas de pesca de las vacaciones me han revuelto los humores del cuerpo. En los muslos me han salido unos diviesos como clavos. Estoy en la cama. Tengo que permanecer tendido de espaldas, y la señora enfermera me pone cataplasmas. Hasta que el divieso no revienta, me hace mucho daño. Después ya no me acuerdo de él.

ZANAHORIA

Pero se multiplican como si fuesen pollos. En cuanto uno se cura, salen tres. Espero, sin embargo, que no será nada.

Tu afectísimo hijo...

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Zanahoria: Ya que te estás preparando para la primera comunión y que vas al catecismo, debes de saber que la especie humana no ha esperado a que vinieras tú para andar con clavos. Jesucristo los tuvo en las manos y en los pies, sin que jarse, y eso que los suyos eran verdaderos.

¡Ánimo!

Tu padre, que te quiere...

ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá: Tengo el gusto de anunciarte que me ha salido una muela. Aunque no tengo edad para ello, creo que es

una muela del juicio precoz. Me atrevo a esperar que no ha de ser la única, y que has de estar siempre satisfecho de mi buena conducta y aplicación.

Tu afectísimo hijo...

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Zanahoria: Precisamente cuando te salía a ti una muela, empezaba a meñarse otra de las mías, y ayer mañana se decidió a caerse. De modo que si tú tienes una muela más, tu padre tiene una menos. Así, pues, no hay nada cambiado, y el número de muelas de la familia sigue siendo el mismo.

Tu padre, que te quiere...

ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá: Imagínate que ayer fueron los días del señor Jáques, nuestro pro-

fesor de latín, y que, de común acuerdo, los condiscípulos me habían escogido para que le felicitara en nombre de toda la clase. Halagado con tal honor, preparo detenidamente el discurso, intercalando en él a pelo algunas citas en latín. Sin falsa modestia, me dejé satisfecho. Lo saco en limpio en un pliego grande de papel de barba, y cuando llega el día, excitado por mis compañeros, que murmuraban: «¡Anda!, ¡anda!», aprovecho un instante en que el señor Jáques no nos mira, y me adelanto hacia su tarima. Pero no bien he desdoblado el pliego y articulado con fuerte voz:

VENERADO MAESTRO

cuando el señor Jáques se pone en pie, furioso, y exclama:

—¡Ya se está usted largando a su sitio más que de prisa!

Figúrate si escaparía corriendo a sentarme, en tanto que mis amigos se tapaban la cara con los libros, y el señor Jáques me ordenaba encolerizado:

—Traduzca la versión.

¿Qué te parece esto, querido papá?

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Zanahoria: Cuando seas diputado, mayores cosas verás. A cada uno lo suyo. Si han puesto a tu profesor en una tarima, debe de ser para que pronuncie discursos, y no para que oiga los tuyos.

ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá: Acabo de entregar la liebre que mandaste al señor Legris, nuestro profesor de Historia y de Geografía. Verdaderamente, me pareció que le gustaba

el regalo. Te da muy expresivas gracias. Había entrado yo con el paraguas mojado, y él mismo me lo quitó de la mano y lo fué a dejar al recibimiento. Luego hablamos de esto y de aquello. Me dijo que, si querfa, debía llevarme el primer premio en Historia y en Geografía a fin de curso. Pero ¿creerás que me estuve de pie todo el tiempo que duró la conversación, y que el señor Legris, amabilísimo, a no ser en esto, te lo repito, ni siquiera me ofreció un asiento?

¿Será olvido, o descortesía?

Lo ignoro, y tendría curiosidad, papá querido, de saber tu opinión.

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Zanahoria: Siempre te estás quejando. Te quejas de que el señor Jáques te mande a tu asiento, y te quejas de

que el señor Legris te deje de pie. Muy joven eres aún para exigir consideraciones. Si el señor Legris no te ha ofrecido una silla, dispénsale: sin duda, engañado por tu corta estatura, creería que estabas sentado.

ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá: Acabo de saber que vas a París. Comparto la alegría que has de tener al visitar la capital que quisiera conocer, y en donde estaré contigo de corazón. Comprendo que mis trabajos escolares se oponen a mi viaje; pero aprovecho la ocasión para decirte si podrías comprarme uno o dos libros. Los míos me los sé de memoria. Elige cualquiera. En el fondo, tanto vale uno como otro. Sin embargo, deseo especialmente la *Henriada*, por Francisco María Arouet de Voltaire,

y la *Nueva Eloísa*, por Juan Jacobo Rousseau. Si me los traes (en París los libros no cuestan nada), te juro que el inspector no ha de confiscármelos en su vida.

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Zanahoria: Los escritores de que me hablas eran hombres como tú y como yo. Lo que ellos hicieron, puedes hacerlo tú. Escribe libros, y podrás leerlos después.

EL SEÑOR LEPIC A ZANAHORIA

Querido Zanahoria: Tu carta de esta mañana me ha causado un gran asombro. La vuelvo a leer, y es inútil. Ése no es ya tu estilo ordinario, y hablas de cosas raras que no me parecen ser de tu competencia ni de la mía.

Sueles contarnos tus asuntos menudos, nos escribes los puestos que adelantas, los méritos y los defectos que a cada profesor le encuentras, los nombres de tus nuevos compañeros, el estado de tu ropa interior, y si duermes y comes bien.

Eso es lo que me interesa. Hoy no te entiendo. Haz el favor de decirme a qué viene hablar de la primavera cuando estamos en invierno. ¿Qué quieres decir? ¿Necesitas un tapabocas? Tu carta no trae fecha, y no sé si me la diriges a mí o al perro. Hasta la forma de tu letra me parece modificada, y la disposición de los renglones, la abundancia de mayúsculas, me desconciertan. En resumen, que parece que te estás burlando de alguien. Me figuro que será de ti, e insisto, no en tenerlo por un crimen, sino en hacerte una observación.

CONTESTACIÓN DE ZANAHORIA

Querido papá: Cuatro letras a vuelapluma para explicarte mi última carta. No has echado de ver que iba *en verso*.

EL SOTECHADO

ESTE sotechado reducido en que, unos tras otros, han ido viviendo gallinas, conejos y cerdos, hoy vacío, durante las vacaciones pertenece en plena propiedad a Zanahoria. Puede entrar en él cómodamente, porque el sotechado no tiene puerta. Unas cuantas ortigas flacas adornan el umbral, y si Zanahoria las mira echado de bruces, le parecen un bosque. El suelo está cubierto de polvo fino. Las piedras de las paredes relucen de humedad. El pelo de Zanahoria roza la techumbre. Allí está en su casa, y allí, desdeñando los

ZANAHORIA

juegos aparatosos, se entretiene a costa de su imaginación.

Su diversión principal consiste en hacer cuatro nidos con los cuartos traseros, uno en cada rincón del sotechado. Con la mano, como con una pala de albañil, recoge puñados de polvo y se pone calces.

Pegado a la pared lisa, dobladas las piernas, cruzadas las manos sobre las rodillas, cobijado, se siente a sus anchas. Menos sitio, verdaderamente, no puede ocupar. Se olvida de todos; a nadie teme. Sólo podría turbarle un buen trueno.

El agua de fregar, que corre no lejos de allí, por el desagüe del fregadero, ya a torrentes, ya gota a gota, le envía bocanadas frescas.

De pronto, una alarma.

Llamadas, pasos que se acercan.

—¡Zanahoria! ¡Zanahoria!

Una cabeza que se baja, y Zanahoria, hecho una bola, que se apretuja entre la tierra y la pared, muerto el aliento, muy abierta la boca, hasta el mirar inmobilizado, al sentir que dos ojos hurgan en la obscuridad.

—¡Zanahoria! ¿Estás ahí?

Abultadas las sienes, pasa un mal rato. Va a lanzar un grito de angustia.

—¡No está ese animalejo! ¿Dónde diablo se habrá metido?

Se alejan, y el cuerpo de Zanahoria se dilata un poco, recupera comodidad.

Su pensamiento sigue recorriendo largos caminos de silencio.

Pero un estruendo le llena los oídos. En el techo, un mosquito se ha quedado preso en una telaraña, y vibra y relucha. Y la araña se desliza a lo largo de un hilo. Su vientre tiene la blancura de una miga de

pan. Permanece un instante suspendida, inquieta, hecha una pelota.

Zanahoria, sobre la punta de las nalgas, la acecha, espía el desenlace, y cuando la araña trágica arremete, formando la estrella con sus patas, y agarra la presa que se ha de comer, él se levanta en pie, apasionado, como si quisiera su parte.

Nada más.

La araña vuelve a subir. Zanahoria, a sentarse y a recogerse en sí mismo, dentro de su alma de liebre, llena de obscuridad.

Pronto, como un hilillo de agua densificado por la arena, su ensoñación, por falta de pendiente, se para, hace charco y se pudre.